



FILMS de T AMOR



UNA NOCHE EN LONDRES



Num.
241

Ctms.
25

LILIAN HARVEY -- ROBIN IRVINE

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 · APARTADO 707 · BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 241

Una noche en Londres

Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título, interpretada por la gentil
estrella de la pantalla

LILIAN HARVEY

Adaptación por M. NIETO GALÁN

Programa ARAJOL

Aragón, 225

Barcelona

REPARTO

Aline Mooreland	LILIAN HARVEY
Henry Erskyne	Robin Irvin
Príncipe Zalinoff	Ben Nedell

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

RIMERA PARTE

El Hotel Majestic, de Londres, era uno de esos hoteles donde la elevación de sus precios, las continuas fiestas que en él se daban y la rigidez de sus costumbres, lo habían convertido en el preferido del mundo aristocrático.

Cualquier persona de la nobleza, o ahijado de la fortuna, tenía como deber ineludible al llegar a la capital de Inglaterra el de establecerse en el acreditado hotel, ya que ello significaba un distintivo de elegancia y buen gusto.

Por esta misma razón, aquella noche, cuando ya todo el mundo casi se había recogido en sus habitaciones, se detuvo en la puerta del citado hotel, un magnífico automóvil, del cual descendieron dos mujeres.

Una de ellas tendría aproximadamente unos cincuenta años, aun cuando procuraba

ocultar su cincuentena, con cierto aire de juventud, que sin llegar a la ridiculez, la hacía pasar por más joven. Era Lady Mooreland, vieja solterona, que poseía varios millones, un hermoso castillo en las afueras de la capital y una sobrinita huérfana, que era la que la acompañaba en aquel viaje.

Como ya decimos, la acompañante de Lady Mooreland era su sobrina Aline, una muchacha de unos veinte años, bonita a más no poder, con unos ojos vivarachos y acariciadores y con un porvenir de unos cuantos millones de libras, que cobraría al morirse su tía y tutora.

Las dos mujeres entraron precipitadamente en el hotel y se dirigieron directamente al "Maitre", diciéndole Lady Mooreland:

—Desearía dos habitaciones.

—Lo siento mucho, Milady—respondió el "maitre"—, pero creo que será muy difícil el complacerlas. Tenemos todas las habitaciones ocupadas.

—Qué molesto—exclamó Lady Mooreland.
—Tener que buscar ahora otro hotel.

—Si Milady quiere, puedo ofrecerle, con el fin de complacerlas, un dormitorio para las dos.

—Si no hay otro remedio, acepto—respondió la señora—. ¿No te parece, Aline?

La joven afirmó con la cabeza, indicando-

le que no había más remedio que conformarse, y precedidas por una camarera, subieron a la habitación que les había sido designada.

Al quedar solas, Aline se quejó a su tía diciéndole:

—Es horroroso esto que pasa en los hoteles. Si no se avisa con anticipación se corre este peligro de quedarse sin habitación.

—Con lo cansada que yo estoy—exclamó su tía—. Voy a acostarme inmediatamente.

—Yo quiero bañarme antes — respondió Aline.

—¿Pero cómo?—exclamó su tía—. ¿No ves que en esta habitación no hay baño?

—Miraré en la de al lado. Tal vez tenga más suerte.

Abrió con cuidado la puerta, que casualmente estaba abierta y vió allí un baño, exclamando alegramente:

—Voy a bañarme.

Entró dentro y su tía, desde la cama, le ordenó:

—Apaga la luz, Aline, que quiero dormir.

La muchacha cumplió el deseo de Lady Mooreland y empezó a quitarse la ropa, a oscuras.

Cuando terminó de bañarse, a tientas, para no despertar a su tía, buscó la puerta y una vez que dió con ella, entró en la habitación, buscó la cama y se acostó en ella.

Hacía poco que dormía, cuando notó que

alguien llegaba a la habitación. Se despertó bruscamente buscando la luz y oyó una voz de hombre que le decía.

—No se moleste, señorita. Ha sufrido usted, sin duda, una equivocación de cuarto, pero soy un caballero y sabré guardar el secreto. Puede usted quedarse en la cama; yo buscaré algún sitio donde dormir, sin molestarla.

Las palabras del desconocido, a quien no podía ver en la oscuridad, tranquilizaron a Aline, que le respondió:

—Muchas gracias, señor. Verdaderamente ha sido una confusión, que ahora mismo corregiré marchándome a mi cama.

—No haga eso—le dijo el desconocido—.

Si enciende la luz, sabré quién es usted y esto le perjudicaría. Lo mejor es que permanezca este agradable secreto y si quiere hablamos un rato como buenos amigos. Tengo la seguridad de que tiene usted que ser tan hermosa, como lo presiento por su voz.

A ninguna mujer, esté en la situación que esté, le sabe mal una galantería de un hombre dicha a tiempo y más si aquel hombre demuestra desde el primer momento ser un perfecto caballero.

Aline, casi contenta con aquella compañía, le respondió sonriendo:

—Tal vez si me viera usted cambiaría de parecer.

—Estoy seguro de lo contrario—respondió él—. Soy un hombre que muy pocas veces se engaña en sus suposiciones.

—¿Y cuáles son las de usted ahora?—preguntó curiosamente ella.

—Pues, sencillamente, que después de esta noche, nos volveremos a ver y llegaremos a ser muy buenos amigos.

—¿Quién sabe?—respondió ella.

Hablaron un rato más y al fin, Aline quedó dormida, mientras que el desconocido pasaba las horas que quedaba de la noche sentando en una butaca.



PIDE hoy mismo el nuevo Catálogo General ilustrado que se remite gratis, a —

EDITORIAL



Apartado de Correos 707 - Barcelona

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente, antes de que nadie pudiera levantarse en el hotel, el propietario de la habitación que ocupaba Aline salió de ella, y en el pasillo se encontró con unas camareras que le dijo:

—Señorito, creí que había usted olvidado la hora del tren.

Habían llegado al hall y él respondió en voz alta, de forma que pudiera oírlo el "maitre":

—He cambiado de parecer. No me marcho hoy. Me quedaré algunos días más.

—Entonces tendrá usted que cambiar de habitación, porque he comprometido la suya.

—Me da igual—respondió el huésped—. No tengo predilección por ningún departamento.

El "maitre" dió orden para que se pasase el equipaje de la habitación del joven a otra, mientras que éste pensaba en la bella desconocida que había pasado la noche en su habitación.

Era él, Henry Erskyne, sobrino del célebre fabricante de motores para la aviación, Mc

Ormér, viejo solterón, cuya única alegría era de que su marca saliese siempre vencedora y la satisfacción de que al morir le dejaría a su sobrino unos cuantos millones, para que pudiera seguir disfrutando por el mundo, sin ninguna preocupación, que para eso la había tenido él, y no pequeña, hasta crearse aquella sólida fortuna.

Por su parte, Aline, al día siguiente no podía olvidar la grata impresión que le había causado la conversación con el ocupante del cuarto que ella había ocupado aquella noche, y cuando se levantó inspeccionó la habitación, para ver si había algo que pudiera acusar la personalidad del desconocido y solamente encontró, en la mesilla de noche, una sortija, que involuntariamente se habría dejado olvidada.

Como había dicho el "maître", las habitaciones que ocupaba Henry Erskyne habían sido pedidas, y su nuevo ocupante era un individuo que se hacía pasar por el príncipe Zalinoff.

Sujeto de no muy buenos antecedentes, se dedicaba desde hacía tiempo a la busca y captura de una joven heredera que con sus millones pudiera rehacer la fortuna que él había dilapidado, aun cuando para aquel casamiento no interviniera en nada el corazón.

Llegó a media mañana y se instaló en las habitaciones, que hasta la noche antes habían

sido de Henry, y no tardó en encontrar la sortija que aquél se había dejado olvidada.

Con una despreocupación verdaderamente extraordinaria se la probó y al ver que ajustaba perfectamente a su dedo, se dijo:

—No está mal el encuentro. Desde luego, esta sortija es de gran valor. Su dueño debe estar ya a muchas leguas de aquí.

Y sin preocuparse más del hallazgo, comenzó a desnudarse para bañarse y prepararse para bajar al comedor.

YA ESTA A LA VENTA

EL TENIENTE DEL AMOR

Sublime creación de DOLLY HAAS
Pida usted su ejemplar
antes de que se agoten a

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

TERCERA PARTE

Como todas las noches, después de la cena, se celebró un baile en el Hotel Majestic, al que, como es natural, no faltaron Lady Moreland y su sobrina, ni Henry y el fingido príncipe.

A penas había comenzado el baile, el príncipe acudió a donde estaba Milady y haciendo una profunda reverencia, le dijo:

—¡Oh, Lady Moreland, qué gran placer volver a verla...!

Ella se quedó un instante indecisa, hasta que él le dijo nuevamente:

—Sin duda me recordará usted..., soy el príncipe Zalinoff. Fuí presentado a usted en Niza, hará unos años.

Milady no se acordaba fijamente de él, pero ante la seguridad que el príncipe le daba, no creyó correcto seguir su duda, y tomando por ciertas sus palabras correspondió al saludo y le presentó a Aline diciéndole:

—Mi sobrina Aline.

—Un gran honor para mí, señorita—excla-



...vió en la mano de su compañero la misma sortija ..

mó el príncipe—. ¿Me honrará usted con un baile?

Empezaron a bailar y mientras el príncipe iba deslizándose insinuadamente sus galanterías, ella vió en la mano de su compañero de baile el mismo anillo que viera en la habitación que equivocadamente había ocupado la noche anterior.

No le cupo duda de que se trataba de la misma persona y sintió un verdadero desencanto.

Henry tampoco le quitaba la vista de encima y durante todo el día fué inquiriendo detalles, hasta convencerse de que Aline era la misma persona que la noche antes había estado hablando con él en su cuarto. Pero como correcto caballero, se abstuvo de decirle nada y solamente esperó la ocasión de poder entablar conversación con ella para poderse ganar su confianza. Sentía hacia la joven desconocida un sentimiento atractivo como nunca lo había experimentado y estaba seguro de que su mayor felicidad sería conseguir el amor de Aline.

Durante la cena varias veces habían cambiado la mirada, y en la de ella creyó adivinar Henry que no le era del todo antipático, pues hasta hubo un momento en que percibió una leve sonrisa en los labios de la joven.

Esta seguía bailando con el príncipe, cada vez más convencida de que se trataba de la misma persona con quien había hablado la noche anterior y este pensamiento se hizo más fuerte en ella, cuando el príncipe le dijo:

—Tendría necesidad de hablar con usted, para explicarle algo que solamente usted y yo debemos saber.

Aline, segura de que se refería a la conversación sostenida la noche anterior, no se atrevió a negarse, aun cuando vió en aquella actitud cierta incorrección, y le dijo:

—Mañana por la noche.



...pero la he visto a usted y algo más fuerte...

Terminó el baile y el príncipe, al dejarla nuevamente en su lugar, le dijo quedamente:

—Acuérdese usted, mañana por la noche.

—No tema que se me olvide—respondió ella.

El baile siguiente fué Henry a bailar con ella y empezó su conversación diciéndole:

—¿Piensan ustedes quedarse muchos días en Londres?

—Muy pocos—le dijo ella—. Mi tía sólo

ha venido a hacer unas compras y luego volveremos al castillo.

—Es una verdadera lástima que se marchen tan pronto. La presencia de usted hasta puede decirse que ha animado más este hotel.

Ella sonrió complacida y le respondió:

—¿Usted permanecerá mucho tiempo?

—Debería haber marchado esta mañana, pero la he visto y algo más fuerte que mi deseo me ha retenido aquí.

Aline bajó la vista, comprendiendo la causa por la cual Henry no se había marchado y volvió al lado de su tía, no sin antes prometerle otro baile a Henry.

Mas el príncipe, que no quería perder aquella conquista que significaba para él la posesión de algunos millones, se adelantó a Henry para bailar con Aline.

Henry, que desde el primer instante había sentido hacia aquel misterioso personaje una antipatía que no podía disimular, cuando terminó el baile fué en su busca, y al ver que llevaba su anillo, le dijo airadamente:

—Observo que lleva usted un anillo que no le pertenece y le exijo que me lo devuelva.

—Ya sé que ocupó usted mi habitación antes que yo—respondió cínicamente el príncipe—, pero tendrá usted que explicarme en qué circunstancias lo perdió.

La caballerosidad de Henry le impedía dar

más explicaciones y por ello se contentó con decirle:

—Esta cobarde insinuación es impropia de un caballero.

Mas la llegada de Aline, que sospechó algo de lo que ocurría, cortó el diálogo entre los dos hombres y el príncipe se adelantó a ofrecerle el brazo, dejando chascado a Henry.

Aline dudó un instante, esperando que Henry también le ofreciera el suyo y al ver la timidez del joven, el disgusto que experimentó hizo que aceptara el brazo del príncipe.

Henry, decidido a terminar de una vez, escribió una tarjeta y se la entregó a un "botones", diciéndole:

—Dale esto al príncipe Zalinoff.

Este recibió la tarjeta y leyó su contenido que decía:

—“Desearía hablarle unos instantes.”

Aline sospechó que algo grave se estaba tramando entre el príncipe y Henry y, muy a pesar suyo, sintió cierta alegría al ver que aquel joven se interesaba tanto por ella.

El príncipe se excusó con la joven y fué en busca de Henry, que le dijo:

—¿Hasta cuándo piensa usted seguir importunando a esa señorita?

El príncipe lo miró fijamente y luego le respondió, con marcado desprecio:

—Hasta que lo crea conveniente.

—Pues yo sabré terminar ese flirt, sea de la forma que sea. He adivinado su juego y no lo consentiré.

El príncipe, sin amilanarse por las palabras del joven, volvió a decirle:

—Le advierto que no soy hombre a quien le asusten las bravatas.

Henry no pudo contenerse y exclamó indignado:

—¡Es usted un indigno cazador de dotes!

El príncipe, ante el insulto, gritó, para llamar la atención:

—¡Exijo que retire usted inmediatamente ese insulto!

—¡Está dicho! —exclamó Henry.

Varias personas fueron acercándose a donde estaban los dos hombres y entre ellas la tía de Aline, quien al saber lo que ocurría, no quiso marcharse y oyó que el príncipe decía nuevamente a su rival:

—¿Retira usted sus palabras?

—¡Las suelo pensar mucho antes de decir las y jamás retiro una palabra que he dado o he dicho! —exclamó Henry.

El príncipe hizo un ademán de abalanzarse sobre él, mas de pronto se contuvo y recobrando su sangre fría, se volvió hacia Aline y le dijo:

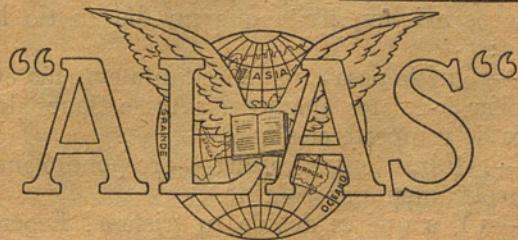
—Su presencia me impide castigar a este joven, por el premeditado escándalo que ha promovido, solamente para comprometerla.

—Yo le ruego, señorita —empezó diciendo Henry para disculparse. Mas Aline le volvió la espalda ofendida, mientras que su tía le decía al príncipe.

—Después de este escándalo no podemos seguir aquí ni un día más. Mañana volveremos a nuestro castillo y esperamos, príncipe, que nos honrará usted con su visita.

—Inmensamente agradecido, Milady —exclamó el príncipe, ofreciendo su brazo a Aline y acompañándolas hasta sus habitaciones.

EDITORIAL



creadora de **Biblioteca Films**
y **Films de Amor**

Publica siempre las mejores novelas cinematográficas. Pida usted el Catálogo General ilustrado que se remite gratis

Apartado de Correos 707 - Barcelona

CUARTA PARTE

Al día siguiente, Henry Esrkyne abandonó el hotel, para trasladarse a la fábrica de motores de su tío, con el fin de olvidar a la joven que tan intensamente había interesado su corazón.

Se pasaba la vida haciendo pruebas en los nuevos aviones, hasta que un día su tío le dijo:

—¿Qué te pasa que tienes tanto empeño en probar todos los aparatos? ¿Acaso tienes deseos de romperse el alma?

—Quizás tengas razón? — respondió melancólicamente su sobrino.

—Y a qué es debida tu tristeza? Espero que me confesarás qué es lo que te ocurre desde hace tres semanas que has vuelto de Londres?

Henry suspiró tristemente y exclamó:

—Me acuerdo de una noche en Londres...

Y con todo detalle le relató como había conocido a Aline y lo que había pasado entre ella y él.

—¿Y dices que se llama Mooreland? —le preguntó su tío.



—¿Le gustan los niños?

—Sí, es sobrina de Lady Mooreland —respondió Henry.

—Entonces, tranquilízate, porque me parece que podré ayudarte. Yo veré a Lady Mooreland en su castillo. Somos muy amigos.

En efecto, al día siguiente, Mc Ormer, no pensando más que en la felicidad de su sobrino, se trasladó al castillo de Lady Moore-

land, que a penas supo de su llegada corrió a saludarle diciéndole:

—Cuánto me alegra de verte de nuevo, carísimo Mc Ormer... ¿Le tendremos muchos días por aquí?

—Todavía no estoy decidido—respondió el viejo millonario.

—Pues yo se lo pido. En honor a nuestra vieja amistad le ruego que se quede unos días, hasta que se celebre el cumpleaños de mi sobrina Aline.

Y mientras aceptaba la invitación de su amiga, el príncipe, que no seguía ocioso en su conquista de Aline, le decía a ésta:

—¿Tampoco hoy quiere usted acompañarme en el paseo a caballo?

—No me encuentro muy bien dispuesta— respondió Aline, a quien le pesaba ya la asiduidad amorosa del príncipe.

Este se acercó a ella y pretendiendo retenerle una mano, que la muchacha retiró suavemente, mientras él le decía:

—Aline, ¿por qué no me considera como un buen amigo en quien se puede fiar? ¿Por qué se muestra tan esquiva conmigo?

—Le ruego, príncipe—le respondió ella—, que dejemos ese asunto para más adelante. Se le va a pasar la hora del paseo y mi tía me espera.

El príncipe comprendió que todavía no había llegado el momento oportuno de dar la batida, se despidió de la joven mientras que ésta entraba donde estaba su tía y Mc Ormer, quien en aquel instante acariciaba a un precioso chiquillo, sobrino de Milady y le decía:

—A ti no te conocía aun, diablillo rubio.

—¿Le gustan los niños?—le preguntó Aline, a la vez que acariciaba también al pequeño.

—Me encantan—respondió el viejo...—, pero sigo soltero. Vivo con un sobrino mío, un muchacho encantador, a quien quiero como si fuera mi hijo.

—¿Por qué no lo ha traído?—preguntó involuntariamente Aline, con esa curiosidad propia de todas las jóvenes por conocer a un muchacho a quien se alaba.

Mc Ormer se quedó mirando fijamente a la joven y le preguntó intencionadamente:

—Si usted, verdaderamente lo desea, me permitiré presentárselo.

—Naturalmente—exclamó la tía de Aline—; será para nosotros un placer. Y llamando a uno de las criadas le dijo:

—Acompáñe usted al señor Mc Ormer a sus habitaciones.

—Muchas gracias — respondió éste—. Te legrafiaré a mi sobrino para que venga.

Y ya Aline, desde aquel instante, tuvo un motivo en el cual distraer su pensamiento, en el sobrino de Ormer. ¿Cómo sería el nuevo invitado? ¿Sería como el príncipe... ¿Sería como el joven del hotel?... ¿Cómo sería?...

**Compre usted hoy mismo
LA DAMA DE UNA NOCHE
por FRANCESCA BERTINI
UNA peseta ejemplar**

Biblioteca Films. Apartado 707.-Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

QUINTA PARTE

A penas recibió Henry el aviso de su tío, tomó un aeroplano y se presentó en el castillo de Lady Mooreland.

—¿A quién tengo el gusto de anunciar?— le preguntaron al llegar.

Henry dudó dar su nombre y por lo mismo le dijo:

—Anuncie usted solamente al sobrino del señor Mc Ormer.

Lady Mooreland, al recibir el anuncio de la llegada del sobrino de Mc Ormer, le dijo a su amigo, que la acompañaba en aquel instante:

—Qué rapidez... ¿Cualquier diría que ha venido volando?

Salieron a recibirla y al ver de quien se trataba, exclamó dirigiéndose a Mc Ormer:

—¿Y este es su sobrino?

—En efecto—respondió el viejo, comprendiendo el pensamiento de su amiga—. Ya le dije que era muy simpático.

Henry, a su vez, se acercó a la dueña de la casa y le dijo:

—Señora, su amable invitación me ha llenado de alegría.

Pero Lady Mooreland temía que se repitiera la escena del hotel y le dijo:

—No puedo negar la bienvenida al sobrino de mi mejor amigo... pero le advierto que no quiero disputas y rivalidades en mi casa.

—Comprendido, señora—respondió Henry.

Al día siguiente, la rivalidad sólo esperaba un pretexto, mientras que el corazón de Aline permanecía indeciso.

Se hallaban la joven, Henry y el príncipe en el jardín y éste llamó al pequeño Dick, diciéndole:

—¿Quieres tirar al arco conmigo?

—Sí—respondió el niño.

El príncipe cogió el arco y una flecha e intencionadamente la lanzó sobre Henry, que se salvó milagrosamente de la herida. Aline vió la intención que había perseguido el príncipe y sin poderse contener le dijo:

—Por esta vez, vuestra cobardía no ha tenido éxito.

—Sin duda, Aline—respondió el príncipe—, ha interpretado usted mal mi equivocación.

—La he interpretado tal como es—respondió ella.

El príncipe, hombre que sabía aprovechar todas las ocasiones, comprendió que lo mejor era en aquel momento ausentarse y así lo



— Se lo juro.

hizo, mientras que Henry le decía a ella:

—No sé cómo poder expresarle las gracias por su defensa, señorita.

—Si la flecha le hubiera herido—exclamó Aline—lo hubiera sentido como si yo misma la hubiera recibido.

—¿Entonces, eso quiere decir que ha olvidado ya lo del hotel y que perdoná?—preguntó ansiosamente Henry.

Ella bajó los ojos y respondió:

—Yo creo que le perdoné ya aquella misma noche.

Y mientras los dos jóvenes iban uniéndose cada vez más por un mismo sentimiento, el príncipe decidió dar el paso decisivo y le dijo a Milady:

—¿Quisiera saber, señora, su respuesta a mi petición matrimonial, respecto a su sobrina?

—No puedo responderle nada, porque nada he resuelto. Hablaré con Aline mañana, con motivo de su cumpleaños y que ella decida. Yo aceptaré su decisión.

—Sin embargo, yo me creía con algún derecho a esperar...

—Usted lo ha dicho—respondió Lady Moorland—, “a esperar” solamente.

—Acato su decisión respetuosamente y espero que la elección de su sobrina sea beneficiosa para mí.

—Mañana lo sabremos—respondió Milady.

Sin embargo, desde la llegada de Henry y en vista de su comportamiento, Milady empezó a hacerse a la idea de que su sobrina se casara con el sobrino de su antiguo amigo. Ciento que él no era ningún príncipe, pero sí era una de las fortunas más sólidas de la capital, y además, las familias se conocían mutuamente. Claro está que nada de esto se atrevió a decirlo y esperó solamente el momento de que su sobrina decidiera, pero vién-

dolo con buenos ojos la preferencia que Aline parecía tener por Henry.

Al día siguiente se celebraba el cumpleaños de Aline y el príncipe se anticipó a Henry para felicitar a la joven y decirle:

—Su tía me ha indicado que ve con buenos ojos nuestros amores. Esperó que desde hoy dejará usted le despreciarme.

—Ni nunca han existido esos amores, ni tampoco le he despreciado—respondió ella.

Henry los vió hablando y sintió el desconcierto del que cree perdidas todas sus ilusiones, mas su tío, más ducho en la materia, le dijo riendo:

—No te apures muchacho.

—¡Todo está perdido, tío!—respondió con desaliento Henry.

—¿Por qué?... Porque estén los dos hablando ¿Quién sabe si en este momento le está dando unas calabazas como para atravesar el Támesis? Ves a cambiarte de ropa, que aun podremos celebrar hoy la fiesta de los espónsales.

Henry, siguiendo el consejo de su tío, fué a cambiarse de ropa y al salir de nuevo al salón, oyó al príncipe que decía a Aline:

—No sea tan cruel cónmigo, Aline. Sus desdenes me arrastran a la locura.

Intentó abrazarla, pero ella se opuso diciéndole:

—Déjeme en paz, por favor.

—¿Acaso se niega usted a ser mi esposa?... ¿Olvida usted nuestro encuentro en Londres?

El príncipe se refería al escándalo dado en el baile, mientras que Aline creía que hacía mención de la extrevista en su habitación, y ante aquella actitud exclamó indignada.

—Sépa usted que no me asustan los escándalos. Puede usted decirlo a quien le de la gana.

Se levantó airadamente y salió de la sala, seguida de Henry, que aprovechó aquel instante para acercarse a Aline y decirle:

—Perdóneme, Aline, si vengo a interrumpirla en un momento poco crítico.

Ella al oírlo se volvió alegremente hacia él y le dijo:

—Lleva usted razón, ese príncipe ha acabado con mi paciencia. Tiene un secreto mío y quiere aprovecharse de él.

—¿Tan grave es?—preguntó Henry.

—No tiene nada de particular, pero él se empeña en darle una importancia que ni yo misma se la concedo.

—¿De qué se trata, si no soy indiscreto?— preguntó Henry.

Aline, influenciada por una confianza granle en Henry, no dudó en referirle lo que le había ocurrido la noche que llegó a Londres y a medida que iba refiriéndole lo sucedido,



.. Milady empezó a hacerse a la idea...

Henry sonreía. Al terminar ella su relato, le preguntó:

—¿Y usted cree que fué el príncipe quien estuvo con usted?

—¿Quién si no, podía haber sido?—preguntó ella.

—No fué él, Aline—respondió Henry—. El que estuvo con usted aquella noche fuí yo, aunque mi caballerosidad no me permitía haberle aludido nunca a aquella aventura sin importancia. Yo ocupaba las habitaciones que

Las grandes creaciones de
Imperio Argentina
y
Maurice Chevalier

sólo las encontrará en **BIBLIOTECA FILMS**

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

104 Páginas de texto-UNA peseta

EL TENIENTE SEDUCTOR M. Chevalier

EL DESFILE DEL AMOR *

SU NOCHE DE BODAS I. Argentina

LO MEJOR ES REIR *

Selección **BIBLIOTECA FILMS** 50 cts.

EL AMOR SOLFERINO I. Argentina

Selección **FILMS DE AMOR** 50 cts.

CINÓPOLIS I. Argentina

FILMS DE AMOR 25 cts.

LA CANCIÓN DE PARÍS M. Chevalier

EL CLIENTE SEDUCTOR

sketch por Imperio Argentina y Maurice Chevalier

Precio: **30 cts.**

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apartado núm. 707

BARCELONA

al día siguiente ocupó el príncipe y el anillo que él llevaba en el hotel, fué el mismo que yo dejé olvidado. Sin duda este hombre ni es príncipe ni mucho menos. Algo debe haber aquí y que él tendrá empeño en ocultar.

El príncipe, por su parte, al ver tan entusiasmados a los dos jóvenes, comprendió que todo lo tenía perdido y acercándose a Aline le dijo:

—Ahora comprendo el motivo de sus desdenes.

—Me alegro que lo haya comprendido ya, príncipe—le dijo ella—. Ya sabe usted quien es el elegido en esta disputa.

—Esta bien. Como no estoy dispuesto a que se burle usted de mí, me retiro.

—¿No espera usted el anuncio de nuestros espousales?—preguntó sonriendo Aline.

—Muchas gracias — exclamó el príncipe, marchándose.

Al quedar solos, Henry, sin poder contener su emoción, abrazó a Aline, diciéndole:

—Aline, ¿es cierto lo que acaba usted de decir? ¿Será posible tanta felicidad?

—Sí, Henry, pero con una condición.

—La acepto—respondió él.

—El que me asegure que era usted, en efecto, el que estaba en mi habitación.

—Se lo juro — exclamó Hnery—. El de aquella noche en Londres, fuí yo. Pero supe retirarme, porque el amor verdadero es el

que sabe esperar y yo he esperado este momento, para poderte decir que te amo, ante todo el mundo y a plena luz.

Hizo más fuerte el abrazo en que la tenía sujetada y sus labios buscaron los de la joven, uniéndose en un beso, el primer beso de amor, pero que era tan fuerte como la pasión que los unía desde el primer día.

Cuando estaban así, Milady y Mc Ormer los vieron, y éste le dijo a su amiga.

—Ya ha hecho su elección Aline.

—Ya podemos anunciar sus espousales. Hoy se celebrarán dos fiestas.

Y muy quedamente, para no interrumpirlos, volvieron a dejarlos solos, pensando que el amor no gusta de testigos indiscretos.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

Maurice CHEVALIER



EL TENIENTE SEDUCTOR

producciones de la cinematografía sonora



Cimarrón

Dirigible

El Teniente del Amor

La dama de una noche

cuyos intérpretes son:

RICHARD DIX

JACK HOLT

DOLLY HAAS

FRANCESCA BERTINI

Publicados en elegantes tomos de 104 páginas de texto e ilustraciones, UNA pta.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis